

parecía un sueño hace seis años.

El fútbol-sala es un deporte de equipo, y muchos son los que han contribuido al fenomenal progreso del Sorbas CFS., desde los que trabajan de forma desinteresada para ganar los fondos necesarios para financiarlo, hasta los que meten los goles, sin embargo creo que hay que destacar a dos personas, que merecen gran parte del crédito: el primero, Antonio Haro Mañas, ha sido el alma Mater del club durante todo este período –entrenador, tesorero, secretario, delegado de campo-, pero, sobre todo, punto de referencia de todos. Si hay alguna duda, problema o detalle para arreglar se llama al “tranca”, para que lo solucione. Para que un club funcione, es imprescindible que haya una persona que dedique mucho tiempo libre a todos los pormenores más aburridos, y creo que todos los que hemos tenido el privilegio de jugar en este equipo le debemos nuestro agradecimiento más profundo. El segundo, desde la perspectiva técnica, hay un jugador que es Diego Ferre, que como todos sabemos, tiene calidad para estar jugando a un nivel mucho más alto. Tiene de todo – velocidad, fuerza, técnica, temperamento e inteligencia – y su afluencia sobre sus compañeros no se puede sobreestimar. A pesar de recibir muchas ofertas de otros equipos, se quedó fiel a su pueblo hasta el año pasado cuando decidió probar su suerte en la Primera Nacional A. Las buenas noticias para nosotros son que, nuestro talismán y líder, haya vuelto al equipo, con lo que la plantilla sabe que se puede aspirar a todo.

Estoy convencido de que la próxima temporada se va a ver otro gran paso del Sorbas CFS. Y animo a todos a acudir al nuevo pabellón para apoyar a todos nuestros equipos, tanto chicos como mayores, y para disfrutar del buen fútbol y de un ambiente especial. ¡Súbete al tren del gran viaje del Sorbas CFS. Hasta ¿quién sabe donde?!

EL JAMÓN

PEDRO SOLER

Las tardes de los Domingos tan dadas a la melancolía, nos sorprenden la mayoría de las veces sin defensas contra ella. La premura de un tiempo que ya no nos permite ningún proyecto, el reposo, el duermevela que nos introduce en los recuerdos para los que no hemos procurado el olvido, y el urdir con estos un tiempo que no tiene retorno. Nos lleva inevitablemente a la añoranza, a veces a la tristeza, y en ocasiones a la alegría.

Esta tarde de septiembre se me ha terminado el jamón. Era ya el último vínculo que me unía al pueblo y a las vacaciones. Mientras su bermeja carne colgaba en la reja del lavadero, e iba tirando de él para almuerzos, aperitivos, o alguna que otra merienda, sentía que aún estaba unido a la tierra. De alguna manera, al tocarlo me parecía palpar la encalada pared de cualquier esquina. Si lo miraba, veía el escorzo imprevisto de alguna calle, o la atrevida hoz de la rambla cuando abraza las alfareñas. ¿Cómo un jamón puede ser vehículo para la nostalgia? ¡Vaya usted a saber! Las cabezas tienen éstas veleidades, y aún otras peores si se les da pie para ello.

Semejantes veleidades, originadas por el enjuto hueso de un jamón, me han llevado a los oscuros tiempos de la infancia. En ellos, referirse a tan delicioso manjar era una metáfora indecente, ya que la mayoría sabían de él por referencias, o por alguno escuálido y seco que desde un tiempo olvidado, colgaba del techo en alguna tienda del pueblo.

Aún quedan voces que evocan tales años, como el Edén que perdieron inmerecidamente. Algunas, por aquel entonces eran débiles y atipladas, debido a un estómago en desuso, cuyos músculos no tenían fuerza para proyectarlas.

Aunque esto, es harina de otro costal.

El caso es, que hilando en tales tiempos, a los que inadvertidamente me ha llevado un jamón. Se ha plantado delante de mí, inopinadamente; Modesto, cuya infancia corrió junto a la mía, aunque con distinta suerte. Tampoco él supo de jamones, u otras lindezas que le alegrasen aquellos años y llevó sus necesidades con una seriedad y estilo impropias de un niño, a pesar de las afrentas que le proporcionaban mis bocadillos.

Modesto y su familia, cuya dignidad siempre fue un referente para mí, desde que se me despertó la costumbre de pensar y razonar las raíces de ciertas cosas. Cuando iba a buscarlo y lo sorprendía en la mesa cenando, escuchaba los relatos de lo que yo había comido, mientras él, sus hermanos y madre, se las ingeniaban para distribuirse dos huevos fritos y algún arenque, de forma que a ninguno le tocara más de la cuenta, y de manera que aquello pareciera una cena normal.

No entiendo como tuvo la voluntad de mantener mi amistad, cuando lo normal hubiese sido que prescindiera de quien cada día le afrentaba con el jamón que comía. Es por ello que pienso en él, como el afecto y la fidelidad más firme que he tenido, a pesar de que nuestras vidas y nuestros destinos, se separaron irremediablemente siendo aún muy jóvenes.

Un jamón sigue siendo una cosa seria (sobre todo si es bueno) Pero en aquellos años era un mito para la mayoría. Algo que debía de estar en las puertas del paraíso, y Modesto debía de creer que yo, cuando menos era un Arcángel que vivía en él, puesto que de tal sitio sacaba el jamón con el que me alimentaba varios días de la semana. Tal agravio a su escasez

y penuria, la llevó con dignidad y entereza. Jamás solicitó de mí que le cediese parte de mis privilegiados bocadillos, ni advertí en él mirada o gesto que trasluciese envidia, resquemor, o deseo.

Pero Modesto fue acumulando día a día y año tras año, el justo resabio que tal situación y mi altanera insensibilidad le fueron infligiendo. Supongo que hasta tendría días en los que llegó a creer, que tales prebendas las tenía establecidas así la naturaleza, o como en más de un sermón nos alertaban; Su origen era divino. Para apoyar tal afirmación, echaban mano de aquellas parábolas en las que los pobres, y los que sufrían persecución e injusticia, serían los poseedores del paraíso. Aunque mientras éste no llegaba, unos pocos seguíamos comiendo jamón y otros tenían de él sólo referencias.

El tiempo, a cuyo transcurso estamos sometidos, fue pasando, y Modesto que no tenía un pelo de tonto, se fue aperci biendo de, que los que comíamos jamón no éramos ni mejores ni más listos que él. Le dio en pensar qué tales diferencias, tal vez no fuesen naturales y que si eran de origen divino, prescindiendo de éste y sus representantes, quizás no alcanzase el paraíso, pero sí en cambio le ayudase a vivir mejor, si libraba de tal carga su conciencia.

Decidido a ello, aún le quedó un tiempo para disimular que aceptaba tal orden y su divino origen. Pero una vez que alcanzó la edad precisa, puso tierra de por

medio y se fue a la emigración. Antes supo por referencias de otros, que con anterioridad emprendieron tal camino, qué si no vivían en un orden más justo, si al menos habían conseguido comer a diario, usar camisa limpia los festivos, y echar un polvo discretamente los sábados por la tarde, sin tener que dar cuentas a nadie, y sin que nadie le hiciese

conmigo el recuerdo de aquellos días y el sentimiento de orfandad que tal ausencia me produjo, aumentado por el desencanto de tan silenciosa marcha, y la ignorancia de las razones que tuvo para proceder así.

Aquella tarde fue la primera vez que no pude comer mi bocadillo. La desazón me llevó a la desgana, y apoyado sobre la baranda que protege del cortado, lancé a él mi merienda, y me fui por las calles y rincones, donde habitualmente transcurrían nuestras andanzas.

No pasó mucho tiempo, sin que su madre y hermanos siguiesen el mismo camino, y la casa donde presencié tan livianas cenas, quedó definitivamente cerrada. Detrás de su cancela, quedaba también gran parte de mi infancia.

Años después se dio la circunstancia, de que el destino me llevase a la misma ciudad donde trabajaba Modesto. Aún hervía en mí el afecto por él y el desencanto de que no se despidiese. Más lo primero que hice apenas llegué fue localizarlo, e ir a su encuentro al lugar donde trabajaba. Al verme frente a él quedó sorprendido, y aunque su inmediata reacción fue de alegría,

no se me escapó cierta rigidez en su semblante y una leve incomodidad en el trato mientras nos tomábamos una cerveza. Apenas me dio tiempo para que me interesase por él y su familia, no cesó de hacerme preguntas; ¿Qué me había llevado allí? ¿Cómo estaba el pueblo? Lo amigos y conocidos comunes, etc. Después de una charla inconcreta y algo forzada,



Pedro Soler y otros colegas de Campamento en El Alquíán

consideración alguna, por la que pudiese remorderle la conciencia, o arrepentirse de tan gozoso alivio.

Modesto se fue un viernes con las primeras luces del Alba, sin despedirse ni haber advertido a nadie de su marcha. Ese mismo día fui a su encuentro, y su madre, con lágrimas en los ojos, me hizo notar la definitiva ausencia de mi amigo. Toda la vida he llevado

nos despedimos en la conveniencia de vernos y llamarnos, para pasear o ir donde acordásemos en los días festivos. Pero todas mis llamadas fueron inútiles, o no estaba, o siempre tenía algún compromiso por el que no podía acudir a la cita. De tal manera, que fui postergando las llamadas, y dejé de hacerlas cuando estuve convencido de su inutilidad.

Así transcurrieron más de veinticinco años, cada uno resolvimos la vida en la ignorancia y casi el olvido del otro. Cuando una tarde de domingo como ésta, desvanecida y melancólica, recibí una llamada de Modesto citándome con cierta premura. Decidimos que fuese aquella misma tarde el encuentro, y a pesar de los años transcurridos y lo que estos habían se llevado, nos reconocimos inmediatamente. Su saludo y modo de tratarme, fue como si no hubiese pasado el tiempo entre nosotros. Yo le observaba fijamente y en silencio, hasta que finalmente se decidió a exponer el motivo de su llamada; Solicitó de mí unas gestiones, que no resultaban gravosas ni difíciles, y aún sabiendo el esfuerzo que le costaba hacerme tal solicitud, lo hizo con la sencillez y aplomo que le caracterizaban.

Posteriormente resolví con fortuna aquello que Modesto me demandó, y debido a circunstancias más favorables, nos veíamos con cierta asiduidad. Siendo cada encuentro afectuoso, e impregnado del humor fino y socarrón que su inteligencia le permitía.

Nunca acepté las invitaciones que me hacía y desistió de ellas inmediatamente, al percatarse de que no aceptaría nada que pudiese parecerse a un pago, o una devolución del favor que por fortuna pude hacerle. Pero un día me hice el encontradizo, y acordamos comer en un bar cercano a su trabajo, con la salvedad de que cada uno pagase su consumición. En ello estábamos, cuando de sopetón le pregunté: El por qué durante tantos años no quiso saber nada de

mí. Le demandé también, que fuese sincero y directo en la contestación y que si no era así, prefería que no me contestase.

Por primera vez vi que podía perder el aplomo. Era evidente, que no esperaba mi pregunta, e indudable, que ésta había dado en una llaga dolorosa que aún le supuraba. Alzó la cabeza, y su mirada seca y profunda taladró mis ojos. Fueron unos instantes, un silencio, donde todo el rencor de una infancia se hizo adulto y verdadero. Al final, seca y duramente me dijo: “¡Tus bocadillos de jamón! Aquellos bocadillos de jamón y todo lo que ellos representaban. Puedes creerme –prosiguió– que no dejé por ello de ser menos amigo tuyo, y estos años muchas veces pensé y sabía de ti por otros a los que preguntaba. Pero... ¡Aquellos bocadillos! Eran tan escandalosos y producían tal afrenta a mi necesidad, que cuando hice el propósito de irme, también me propuse no volver al pueblo, y olvidar a todos aquellos, que durante tanto tiempo me hicieron odiar la premura y la necesidad en la que crecí. Como puedes suponer, uno de ellos eras tú, sobre todo el más directo, ya que éramos amigos y nos veíamos un día sí y otro también.”

Sus palabras eran secas, y cada vez que se refería a mí, me señalaba con el dedo índice, terso y firme, como si de él hubiese de salir un dardo, que al herirme reafirmase lo que decía.

Nunca hubiese previsto después de tantos años, que ciertos bocadillos de jamón, se convirtiesen en una carga tan pesada, por una situación que no supe ver en su tiempo.

Modesto me explicó clara y sinceramente su proceder. No mostró ni arrepentimiento, ni duda, y mientras le escuchaba, crecía en mí una indignación incontenible. No supe distinguir, si surgió como reproche a aquel niño insensible y satisfecho, que no supo ver la otra cara de la vida. O por-

que Modesto, no tenía derecho a echar sobre mí tal carga de rencor, después de tantos años y vicisitudes.

Sobrepuesto y controlada la ira, que me hacía mirarlo apoyado en el respaldo de la silla y casi de soslayo. Constaté con alegría qué, la dignidad que ya tenía de niño, no sólo la mantenía, sino que los años y las circunstancias que había vivido, se la habían hecho definitiva y sólida. Recordé también un dicho que mi abuela, soltaba cuando la ocasión le era oportuna y que decía: “El que nace de una condición, muere de ella”

Modesto y yo, ahora nos vemos de vez en cuando, más bien escasamente, aunque cuando nos encontramos, sé de su alegría y de su afecto. Aún así, las cosas no son como antes. Cierta e infranqueable barrera impide una comunicación más asidua y franca. Los dos hemos aceptado que no hay vuelta de hoja, ni hacia delante, ni hacia atrás, y asumimos que la vida ya no ha de llevarnos por otros caminos.

Sé que para él, esa cierta barrera son mis bocadillos de jamón y lo que representaban. Más pienso yo, que el tiempo ya no me permite compartirlos con él, y que en su momento, Modesto no lo hubiese aceptado. Tampoco tengo mala conciencia por haber disfrutado de ellos. Pero si creo que; Un jamón (Por bueno que éste sea) no tiene la suficiente entidad, como para herir la sensibilidad de nadie y menos la de un amigo. Creo también qué; Si un jamón es la puerta del paraíso; ¡Que haya jamón para todos, o que borren el paraíso de un plumazo!.

A tales reflexiones y recuerdos, me han llevado ésta tarde de domingo, el tortuoso hueso de un jamón que compré en el pueblo. Delante de él, lo observo como el último vínculo que me unía a la tierra, y como el innecesario símbolo que separó a dos amigos.